

LP16

QUINTA PARTE

LAPSOS DE TIEMPO, OTOÑO E INVIERNO

Fuera de las cerradas ventanas, las hojas comenzaban a caer, pero en el interior, todo seguía igual. Todo excepto Jungkook y yo. Habíamos cambiado. Estudiamos juntos y había notado que, aunque él era listo, yo no era evidentemente estúpido. No creía que él me odiara ya. Quizá tal vez incluso le cayera bien. Una noche hubo una tormenta, una grande con relámpagos como hojas de metal atravesando el cielo y truenos que señalaban que todo estaba demasiado cerca. Esto sacudió mi cama, agitó el mundo y me despertó. Subí a tropezones las escaleras hasta la sala de estar, solo para descubrir que no estaba solo.

—¡Mochi! —Jungkook estaba sentado en medio de la oscuridad sobre el sofá, observando el cielo encenderse por la ventana más alejada —Estaba asustado. Sonó como un disparo —Disparo. Me pregunté si él habría oído disparos de noche allá de donde venía.

—Solo son truenos, y esta vieja casa es maciza. Estás a salvo —Comprendí la locura que era, decirle que estaba a salvo cuando lo mantenía prisionero. Pero él dijo:

—No todos los lugares en los que he vivido han sido seguros.

—Veo que has escogido el punto más alejado de la ventana.

—Crees que me estoy portando como un tonto.

—Nah. Estoy aquí, ¿verdad? El ruido me despertó. Iba a hacer palomitas y ver si hay algo en la TV. ¿Quieres? —Me moví hacia la cocina. Fui cuidadoso. Decidí que lo mejor era alejarme, no asustarlo estando demasiado cerca. Era la primera vez que estábamos solos desde aquel día en la rosaleda. Siempre estábamos con Taehyung cuando estudiábamos, y con HyeSun en las comidas. Ahora, solos con todos los demás durmiendo, quería que Jungkook supiera que podía confiar en mí. No quería fastidiarlo.

—Sí, por favor. ¿Pero puedes hacer dos bolsas? Realmente me gustan las palomitas de maíz.

—Ajá —Entré en la cocina y encontré las palomitas para microondas. Jungkook pasaba los canales de televisión y aterrizó en una vieja película, *La Princesa Prometida* —Esa es buena —dije cuando las palomitas comenzaron a reventar.

—Nunca la he visto.

—Creo que te gustará. Tiene algo para cada uno... peleas de espada para mí, princesas para ti —La primera bolsa terminó de reventar, y la saqué —Lo siento, eso ha estado de más.

—Está bien, no me van las mujeres, pero en algún momento lo pensaba. Espero no te importe lo que acabo de decir —Dejó la televisión en ese canal. Yo me quedé allí de pie, pasmado en silencio, mirando la segunda bolsa mientras esta se hinchaba y considerando si decir algo sería lo adecuado o pasar del tema como si no fuera relevante. Finalmente, dije:

—No lo hace ¿Debería ponerlas en un tazón? —Cambiar de tema sutilmente, aunque ni siquiera sabía en dónde estaban los tazones.

—Ah, no, no te molestes.

—No es ninguna molestia —Saqué la bolsa, la abrí, y después las llevé las dos a la sala de estar. Probablemente había pedido su propia bolsa de modo que nuestras manos no se tocaran. No lo culpaba. Me senté a unos treinta centímetros de distancia de él mientras veíamos la película. Era la escena donde Wesley, un pirata, desafiaba al asesino Vizzini a una batalla de ingenios.

—¿Has caído víctima de uno de los errores clásicos! —dijo Vizzini en la pantalla —¡Nunca te enfrentes a un siciliano cuando está en juego la muerte! —Para cuando Vizzini cayó muerto, me había terminado mis palomitas y había dejado a un lado la bolsa. Quería algunas más. Parecía que la bestia siempre tenía hambre. Me pregunté si, si es que volvía a transformarme, estaría gordo.

—¿Quieres más? —dijo Jungkook.

—No. Dijiste que te gustan mucho las palomitas.

—Sí. Pero puedes coger unas pocas —Me ofreció la bolsa.

—Vale —Me acerqué unos centímetros. Él no gritó ni se alejó. Cogí un puñado de palomitas, con la esperanza de no dejarlas caer. Hubo un trueno aterrador y Jungkook saltó, derramando la mitad de que las que quedaban.

—Oh, lo siento —dijo.

—No pasa nada —Recogí los restos más a la vista y los lancé a mi bolsa vacía —Podemos limpiar el resto por la mañana.

—Es solo que realmente me asustan los truenos y los relámpagos. Cuando era pequeño mi padre solía salir de noche, después de que yo me durmiera. Y luego, si algún ruido me despertaba, no lo encontraba allí. Me asustaba mucho.

—Debe haber sido duro para ti. Mis padres solían gritarme cuando me levantaba de noche. Me decían que fuera valiente, lo cual quería decir que los dejara en paz —Le pasé las palomitas de maíz —El resto para ti.

—Gracias —Las cogió —Me gusta...

—¿Qué?

—Nada. Esto... gracias por las palomitas —Estaba tan cerca que podía oír su respiración. Quise acercarme más, pero no me lo permitiría a mí mismo. Nos sentamos a la luz blanco-azulada de la televisión, viendo la película en silencio. Solo cuando esta terminó vi que Jungkook se había dormido. La tormenta había amainado y solo deseé sentarme allí, vigilando su sueño, admirándolo como admiraba mis rosas. Pero si se despertaba, creería que era un tipo raro. Y ya pensaba que era bastante raro. Así que apagué la televisión. La habitación estaba oscura como la boca de un lobo, y lo cogí en brazos para llevarlo a su cuarto. Despertó a medio camino por las oscuras escaleras —¿Qué...?

—Te quedaste dormito. Te llevaba a tu cuarto. No te preocupes. No te haré daño. Te lo prometo. Puedes confiar en mí, no te dejaré caer —Su peso era apenas nada en mis brazos. La bestia era fuerte también.

—Puedo andar —dijo él.

—Bueno, si quieres. ¿Pero no estás cansado?

—Sí. Un poco.

—Confía en mí entonces.

—Lo sé. Si fueras a hacerme daño, lo habrías hecho ya.

—No voy a hacerte daño —dije, estremeciéndome al saber que él había estado pensando en mí —No puedo explicarte por qué te quiero aquí, pero no es para eso.

—Entiendo —Se recostó en mis brazos, contra mi pecho. Lo llevé hasta lo alto de la escalera e intenté alcanzar el pomo de la puerta. Él lo agarró. Su voz atravesó la oscuridad —Nadie nunca me había llevado en brazos, no que yo pueda recordar —Tensé mi apretón sobre él.

—Soy muy fuerte —dije. No dijo nada más después de eso. Se había quedado dormido otra vez. Confiaba en mí. Pisé en la oscuridad y entré en su dormitorio, pensando que siempre debía ser así para Taehyung; fui muy cuidadoso, esperando no encontrar obstáculos. Cuando alcancé su cama, lo dejé en ella y coloqué la suave manta a su alrededor. Quise besarlo, allí en la oscuridad. Hacía tanto que no había tocado a alguien, tocar de verdad. Pero sería un error aprovecharme de su sueño, y si despertara, puede que nunca me perdonara. Finalmente, dije: —Buenas noches, Jungkook —y comencé a alejarme.

—¿Mochi? —Oí su voz al llegar a la puerta —Buenas noches.

—Buenas noches, Jungkook. Gracias por sentarte conmigo. Fue agradable.

—Agradable —Oí que se removía en la cama, dando vueltas, quizás —¿Sabes? en la oscuridad, tu voz me parece familiar.

ooo

Más frío y más humedad, y ya podía hablar con Jungkook sin preocuparme de cada palabra. Un día, después de nuestra clase, Jungkook dijo:

—Así que, ¿qué hay en el quinto piso?

—¿Eh? —Había oído lo que había dicho pero quería dilatar el tiempo e idear una respuesta. No había subido al quinto piso desde que él había venido. Para mí, el quinto piso significaba desesperación, significaba sentarme junto a la ventana leyendo *El Jorobado* y sintiéndome tan solo como Quasimodo. No quería subir allí.

—El quinto piso —dijo Jungkook —Tú estás en el primero, la cocina y la sala de estar están en el segundo, yo estoy en el tercero y Taehyung y HyeSun están en el cuarto. Pero cuando vine aquí, vi cinco niveles de ventanas. Ahora estaba listo.

—Ah, nada. Viejas cajas y trastos.

—Guau, suena interesante. ¿Podemos ir a echar un vistazo? —Jungkook empezó a dirigirse hacia la escalera.

—Son solo cajas. ¿Qué interés hay en eso? Te harán estornudar.

—¿Sabes qué hay en las cajas? —Cuando negué con la cabeza, él dijo: —Eso es lo interesante. Podría haber un tesoro escondido allí.

—¿En Busan?

—Vale, tal vez no un verdadero tesoro, pero otros tesoros, viejas cartas y cerámica.

—Dirás trastos.

—No tienes que venir. Puedo mirar por mí mismo, si no son tus cosas —Pero fui. Aunque la idea del quinto piso trajera consigo una sensación de temor que se asentó en mi estómago como carne podrida, fui porque quería pasar tiempo con él —Oh, mira. Hay un sofá junto a la ventana.

—Sí, es bastante divertido sentarse allí y observar a la gente pasar. Quiero decir que debe haber sido así para quien quiera que viviera aquí —Jungkook se subió al asiento de la ventana, mi asiento de la ventana. Sentí un dolor agudo. Debía echar de menos salir al exterior.

—Oh, tienes razón. Puedes ver todo el camino a la estación del metro desde aquí. ¿Qué estación es esa? —Pero yo ya estaba hablando.

—Puedes ver a la gente ir del tren a sus trabajos, y volver por la tarde —Cuando me miró, dije: —No es que alguna vez lo haya hecho.

—Apuesto a que la gente lo hace todo el tiempo. Puedes ver vidas enteras desde aquí —Se inclinó, haciendo que apartara la vista de la calle. Lo miré atentamente, la forma en que su peinado de coco rojizo cubría casi la totalidad de sus ojos, tornándose en oro al sol de tarde, las pecas sobre su blanca piel. ¿Cómo era la cuestión de las pecas? ¿Te salían una a una o de repente? Por último, me fijé en sus ojos, gris pálido, rodeados de pestañas cobre. Eran ojos amables, pensé, ¿pero podían algunos ojos ser lo bastante amables como para perdonar mi bestialidad?

—¿Qué hay de las cajas? —Gesticulé hacia las pilas en la esquina.

—Oh, tienes razón —Pero parecía decepcionado.

—La ventana se vuelve más interesante alrededor de las cinco. Es cuando la gente comienza a regresar del trabajo —Él me miró —Bueno, puede que me haya sentado en ese asiento... una o dos veces.

—Oh, ya veo —La primera caja que abrió estaba llena de libros, y aun cuando Jungkook tenía cientos de libros, se emocionó mucho.

—¡Mira! ¡*La Princesita*! ¡Era mi favorito en quinto! —Y fui a su lado a mirar. ¿Cómo conseguía emocionarse tan bonito? El siguiente chillido de Jungkook fue más fuerte. Me apresuré a asegurarme de que no se hubiera hecho daño, pero él dijo: —¡*Jane Eyre*! ¡Es mi favorito de todos los tiempos! —Recordé que había estado leyéndolo la primera vez que lo había observado.

—Tienes un montón de favoritos. ¿No lo tienes ya?

—Sí. Pero mira este —Cogí el libro que me ofrecía. Olía como el metro. Data de 1943 y tenía esas ilustraciones principalmente negras que ocupaban páginas enteras. Lo abrí en la imagen de una pareja dándose el lote bajo un árbol.

—Nunca antes había visto un libro para adultos con imágenes. Son geniales —Me quitó el libro.

—Adoro este libro. Me encanta como muestra cuánto se esfuerzan estas dos personas por estar juntos, y lo van a estar, incluso si hubiera algo que los separase. Hay una magia en ello —Pensé en como Jungkook y yo nos habíamos conocido en el baile, después lo había visto en el espejo, y ahora él estaba aquí. ¿Era eso magia? ¿El tipo de magia de Jandi? ¿O solo suerte? Sabía que existía la magia. Solo que no sabía si podía funcionar para bien.

—¿Crees en eso? —dije —¿En cosas mágicas? —Su rostro se oscureció, como si estuviera pensando en alguna otra cosa.

—No sé —Eché un vistazo al libro otra vez.

—Me gustan las imágenes.

—¿No crees que capturan perfectamente la esencia del libro?

—No lo sé. Nunca lo he leído.

—¿Nunca lo has leído? ¿De verdad? —Sabía lo que venía a continuación —Bueno, pues tienes que leerlo. Es el libro más maravilloso del mundo... una historia de amor. Yo lo leía

cada vez que teníamos un corte en el suministro eléctrico. Es el libro perfecto para la luz de una vela.

—¿Corte en el suministro eléctrico? —Jungkook se encogió de hombros.

—Teníamos más que la mayoría de la gente, supongo. A veces las cosas se interponían en el camino de papá de camino a pagar la factura de la electricidad —Cosas como alimentar su nariz y su torrente sanguíneo. Tenía prioridades. Pensé, otra vez, en cuan parecidos éramos Jungkook y yo. Y en cuan parecidos eran nuestros padres... en el caso de mi padre, el trabajo era su droga. Le acepté el libro. Sabía que me quedaría despierto toda la noche para leerlo. Finalmente, nos dirigimos a otras cajas. La segunda estaba llena de álbumes de recuerdos y recortes, todo sobre alguna actriz llamada Ida Dunleavy. Saqué posters de: Ida Dunleavy como *Portia en el Mercader de Venecia*. Ida Dunleavy en *La Escuela Del Escándalo*. También había revistas —Escucha esto —dijo Jungkook —Recordarán a Ida Dunleavy como una de las grandes actrices noveles de nuestro tiempo.

—Ni idea. Nunca oí hablar de ella. —Miré la fecha del recorte. 1924.

—Mira qué guapa era —Jungkook me mostró otro recorte, este era la fotografía de una mujer hermosa de negros cabellos con un vestido pasado de moda. Los siguientes recortes eran sobre una boda. La actriz Ida Dunleavy se casa con el Prominente Banquero, Stanford Williams. Luego los recortes sobre conciertos y actuaciones cambiaron a noticias de bebés. Eugene Dunleavy Williams, nació en 1927, Wilbur Stanford Williams en 1929. Las páginas estaban cubiertas de notas con una caligrafía caprichosa y anticuada y había mechones dorados de cabello. Un recorte de 1930 decía: El Banquero Stanford Williams se Quita La Vida —Se suicidó —dijo Jungkook, leyendo —Saltó por una ventana. Pobre Ida.

—Debió ser uno de aquellos tipos que lo perdieron todo en la depresión del 29.

—¿Crees que vivieron aquí? —Jungkook tocó el periódico amarillento.

—O tal vez sus hijos o nietos.

—Es tan triste —Hojeó el resto del álbum de recuerdos. Había unos cuantos artículos más sobre Stanford, una foto de dos pequeños de aproximadamente tres o cuatro años, luego nada más. Jungkook dejó de lado el álbum de recuerdos y buscó debajo. Sacó una caja, la abrió y quitó un envoltorio de papel de seda que se deshizo en polvo en sus manos. Finalmente, sacó unas pocas prendas de las que destacaba una levita de satén verde, a medio camino entre el color de la menta y el color del dinero —¡Mira! Debe ser un conjunto del pobre hombre —Lo sostuvo delante de él. Parecía que era exactamente de su tamaño.

—Deberías probártelo.

—Oh, nunca me quedaría bien —Pero noté que continuaba sosteniéndolo, tocando el satín amarillento de la cinturilla. Unos cuantos hilos colgaban, pero excepto estos detalles, tenía bastante buen aspecto.

—Inténtalo —dije —Ve abajo si te preocupa que te vea.

—No es eso —Pero levantó la ropa en un bulto y lo apretó contra su pecho. Luego desapareció por las escaleras. Yo fui al baúl. Quería encontrar algo guay para mostrarle cuando regresara. En una sombrerera encontré un sombrero de copa. Lo intenté, pero se

escurría continuamente de mi cabeza de animal. Lo oculté detrás del sofá. Pero había también un par de guantes y una bufanda de paseo. Estos se adaptaban con un poco de esfuerzo. Stanford debía haber tenido manos grandes. Abrí otra caja y encontré una vieja Victrola y algunos discos. Estaba a punto de sacarlos cuando Jungkook regresó. Había estado en lo cierto con lo del vestido. Le quedaba como si hubiera sido cosido sobre su cuerpo... su cuerpo, el cual yo había asumido que no era nada especial debido al modo en que lo ocultaba bajo sudaderas y vaqueros holgados, por lo general. Pero ahora, con el satén y el encaje que abrazaba cada porción, no podía dejar de mirarlo. Y sus ojos, que antes había creído que eran grises, ahora parecían exactamente del mismo verde que el vestido. Tal vez era porque últimamente había tenido poco acceso a chicas, pero se veía sexy. ¿Se había transformado como yo? ¿O siempre había sido así y yo nunca lo había notado?

—Apártate el flequillo un poco —dije sin pensar. ¿Era tan extraño decir eso? Jungkook hizo una mueca, pero obedeció, se despeino primero un poco el flequillo para después apartarlo de una forma que había mayor porción de su lado izquierdo. Las pequeñas ondas en las que apenas había reparado sobresalieron como una cascada de fuego. Lo contemplé —¡Dios! Eres hermoso, Jungkook —susurré. Él se rio.

—Oh, vale. Solo crees que soy hermoso porque... —Se detuvo.

—¿Por qué soy feo? —terminé por él.

—No iba a decir eso —Pero se había ruborizado.

—No te preocupes por herir mis sentimientos. Sé que soy feo. ¿Cómo podría no saberlo?

—Pero de verdad que no iba a decir eso. Lo que iba a decir era que crees que soy hermoso porque no conoces a ningún otro chico, ninguno apuesto.

—Eres hermoso —repetí, imaginando como sería tocarlo, lo que sentiría al pasar las manos sobre el resbaladizo y frío satén, y sentir su calor. Tuve que dejar de pensar en ello. Tenía que mantener el control. Si él supiera cuánto la deseaba, fliparía. Le ofrecí un espejo... el espejo. Y cuando examinó su reflejo, lo observé, en secreto, el modo en que su cabello rojo se rizaba en su nuca. También se había puesto maquillaje, barra de labios color cereza y un colorete rosa. Nunca los había llevado antes. Pero, por supuesto, me dije que era por el vestido, no por mí —He visto una antigua Victrola en una de las cajas —dije —Deberíamos ver si funciona.

—Oh, ¿de verdad? Genial —Aplaudió con las manos. Le mostré el viejo tocadiscos. La etiqueta en un pequeño y grueso disco decía: *El Danubio Azul*.

—Creo que debemos poner este —Coloqué la aguja en el tocadiscos —Démosle cuerda —Pero cuando lo hice, no salió ningún sonido. Jungkook pareció decepcionado, luego se rio...

—No sé bailar el vals de todos modos.

—Yo sí. Mi am... —me detuve. Había estado a punto de decir que mi amigo Hoseok me había arrastrado a una clase de baile de salón que su madre le había obligado a dar en su club de campo cuando teníamos once años. Pero me contuve —Hubo una clase de baile por la tele una vez. Podría enseñarte. Es fácil.

—Fácil para ti.

—Para ti también —Cogí los guantes y la bufanda de la caja. Quería tocarlo, pero no quería darle asco con mis repugnantes patas de animal. Le ofrecí una mano enguantada —¿Me concedes este baile? —Jungkook se encogió de hombros.

—¿Qué hago?

—Toma mi mano —Lo hizo. Me quedé allí de pie, en silencio, durante un segundo.

—¿Y la otra mano? —apuntó.

—Hum, sobre mi hombro. Y la mía... —la deslicé hasta su cintura, mirando por la ventana mientras lo hacía —Y luego solo imita lo que yo hago —Le mostré el sencillo paso del vals —Adelante, lado, pausa —Lo intentó, pero no lo consiguió —Así —Lo acerqué más de lo que debía, de forma que su pierna quedó contra la mía. Sentía cada nervio, cada músculo de mi cuerpo tenso, y esperaba que él no sintiera la aceleración de los latidos de mi corazón. De todos modos, lo dirigí durante un buen rato, y después de unos cuantos intentos, pilló los pasos.

—No hay música —dijo.

—Sí la hay —Comencé a tararear *El Danubio Azul* y me deslicé con él lejos de las cajas y sobre el suelo. Nos enredamos un poco el uno con el otro, haciendo eso, y me vi forzado a acercarme más. No es que me opusiera a ello. Noté que Jungkook llevaba colonia también, y entre eso y el tarareo, casi sentía mareos. Pero seguí deslizándome, ahora guiándolo alrededor en un pequeño círculo como el profesor de baile nos había enseñado, lamentando no poder recordar más de la canción, para hacer que durara más. Pero finalmente me quedé sin notas y tuve que parar —Baila divinamente, mi querido Kookie —dije. ¡Qué imbécil era! Él se rio tontamente y soltó mi mano, pero permaneció cerca.

—Nunca he conocido a nadie como tú, Mochi.

—¡Eh! Supongo que no.

—No. Quiero decir que nunca he tenido a un amigo como tú, Mochi —Amigo. Había dicho amigo, que era mejor que las palabras que había utilizado antes. Secuestrador. Carcelero. Pero no eran lo suficientemente buenas. Yo quería más, y no solo por el hechizo. Lo quería todo de él. ¿Me molestaba saber que la única razón por la que no estábamos besándonos, la única razón por la que no me quería era por mi aspecto? Puedes estar seguro. Pero tal vez si lo intentaba con más fuerza, él obviaría eso y vería mi verdadero yo. Excepto que ya no sabía quién era "mi verdadero yo". Había sido transformado... no solo mi cuerpo, sino todo yo —Te odiaba por obligarme a estar aquí —continuó Jungkook.

—Lo sé. Pero tenía que hacerlo, Jungkook. No podía estar solo por más tiempo. Esa es la única...

—¿Crees que no lo veo? Has estado muy solo. Lo entiendo.

—¿De veras? —Asintió con la cabeza, pero deseé que no lo hiciera, casi, deseé poder dejarlo marchar y que dijera, "No. Me quedaré. No porque me obligues o porque me compadezca de ti, sino porque quiero estar aquí contigo." Pero sabía que no podría, y él no iba hacer nada parecido. Me pregunté por qué no me pedía que lo dejara marchar. ¿Podía ser que ya no quisiera irse, que fuera feliz? No me atrevía a tener esa esperanza. De todos modos, percibí su perfume, el perfume que nunca antes había llevado. Quizás.

—¿Mochi, por qué eres... así?

—¿Así cómo?

—Nada —Se alejó —Perdona —Pero recordé mi tapadera.

—Siempre he sido así. ¿Soy muy horrible de ver? —No dijo nada durante un momento, no me miró. Durante un minuto pareció que ambos nos habíamos olvidado de respirar, y todo estaba arruinado. Pero finalmente dijo:

—No —Respiramos otra vez —Tu aspecto no significa nada para mí —siguió —Me he acostumbrado a él. Has sido tan amable conmigo, Mochi —Asentí.

—Soy tu amigo —Nos quedamos allá arriba toda la tarde y no estudiamos ni un poco —Pediré a Taehyung que comencemos tarde mañana —le dije a Jungkook —Estoy muerto —Al final del día, Jungkook se quitó el atuendo verde y lo dobló, devolviéndolo a su caja. Pero esa noche subí sigilosamente las escaleras alumbradas por la luz de la luna y en secreto me llevé la ropa abajo conmigo. Lo puse bajo mi almohada. El débil olor de su perfume era nítido para mis sentidos de animal, y me acordé de una lectura que decía que el olor es el sentido más relacionado con la memoria. Dormí con ese atuendo a la altura de mi rostro y soñé con abrazarlo, con tener su amor. Era imposible. Jungkook había dicho que yo era su amigo. Pero a la mañana siguiente, cuando Jungkook bajó a desayunar, su cabello tenía ese nuevo estilo que me permitía verlo a los ojos, ondulado, sin gel, y brillante. Olí su perfume. Comencé a tener esperanzas.